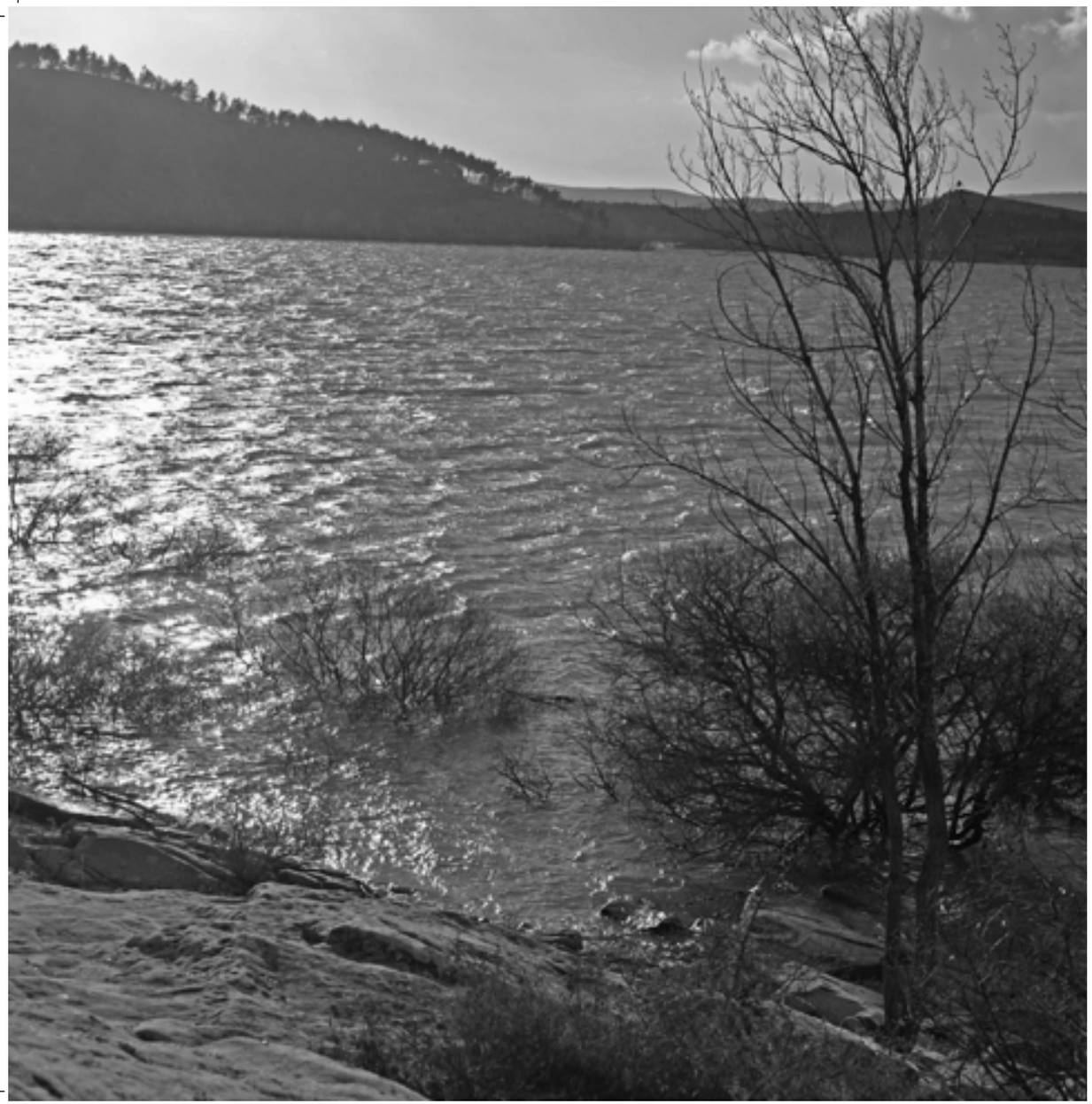
Hacia el Mojón, a darse un paseo,
se encamina tu padre. Hasta a la hoja seca
el viento ayuda. Hazle más tierna,
si puedes, la vejez. Que ha padecido ya lo suyo.

Un cielo de tormenta, un pueblo, un campanario
donde ya sólo acuden los pájaros. He subido
con mi niñez. Aquella tarde caían piedras
como pequeños huevos, proyectiles. Arrasó con todo.

En la serenidad de la nevada pasan
las sombras de las nubes, tan veloces,
a su través, según su capricho. No bajar
la mirada, saber su peso y además sentirlo.

Tan blanco el corderillo muerto, comido
en parte por las alimañas, junto a la linde
del trigal, tan menuda su flor blanca, tan poca
cosa y luego ya ves. Pero el cordero muerto, abortado.



Aquel dolor que nadie recogía. La playa
festoneada de algas, en la marea baja.
El cielo de un atardecer, la soledad
que entonces supe, en duermevela, ahí.

He oído al nogal desperezándose
con las primeras gotas del chubasco.
Las hojas se esponjaban y en su turbación
también estaba yo, sin entender, sabiéndolo.

Con qué prestancia las mujeres pasean
por las afueras. Suelen ir en grupos,
hablando de sus cosas. Los hombres, sin embargo,
van, por lo común, solos y obligados, con su miedo.

Debe de llevar años floreciendo en el hueco
de luz que dejan los peñascos. Un puñado de tierra
bajo el musgo le basta al nazareno, en lo precario,
para florecer cada primavera, a buen resguardo.

Alrededor de mí me siento en todo,
sin parcelarme. Puedo morir tranquilo
porque he visto nevar casi en verano. El campo
blanco y el verde de la sierra, ¿enero o junio?

La picaraza va de farola en farola, recoge
acaso su calor nocturno, otea el parque
con la sagacidad que proporciona el hurto,
tal vez se burle de los hombres que pasan tan deprisa.

Es un atardecer de otoño. No hay nadie
en los caminos vecinales, ni en las aldeas,
nadie. Al llegar al pueblo abandonado
la terquedad del pájaro en el alero, llamando.

Ha tapado la nieve la leña que partimos,
las paredes caídas de las arrañes,
los días que se van, de qué manera. También
el cementerio, nieve sobre nieve, el olvido.

Perdido monte arriba, en la espesura,
con su reserva, hacia la vecindad del buitre,
nada se fosiliza, prefiere el muérdago
la zarza seca, aliento desde lo áspero.

Entre la niebla los caballos aparecen,
se esfuman, sueñan. A impulsos de blancura
aparecen, desaparecen, relinchan y se marchan.
En la memoria queda el vaho de los belfos.

La fuentecilla no se ve. Resuda su humedad
por el ribazo, se derrama en su adentro, reverdece
la hierba, empapa la pendiente, está
ahí, sin hacer ruido, en la constancia, entregándose.

Desde San Marugán, con sol, estoy viendo
cómo cubre la bruma Valdecelada. Algunos
tesos del páramo parecen navegar, fantasmales.
Al entrar el invierno, no hay caminos. Ni habrá.